¿Quién podrá encontrar una definición de patria que suscriban unánimes un inglés y un irlandés? Lo que el uno pudiera reconocer como patria, lo rechazaría el otro. Un ciudadano de Berna y otro de Madrid no podrían ponerse de acuerdo respecto a lo que es patria, ni mucho menos a las obligaciones que impone y a los beneficios que otorga, y dejando la geografía, ¿cómo imponer el mismo concepto de patria al rico hacendado castellano y al mísero jornalero gallego, que emigra a las Américas? No sigo porque no hace falta gastar renglones para que el lector que antes no haya pensado en ello, quede ahora convencido de que la «patria» es un concepto subjetivo; es decir, que para cada individuo esa patria aparece como se la representan las circunstancias en que vive, nación, posición social, educación, vicisitudes y demás. Y no se diga que también es difícil que dos individuos definan de la misma manera una manzana, pues queda el recurso de coger la manzana y decir «ahí la tiene usted», lo que no puede hacerse con la patria, pues lo que uno señalase como manzana, al otro le parecería pera o ciruela.

Pues si no se puede hablar «conscientemente» de «la unidad de la patria» ni aun desde el punto de vista meramente intelectual subjetivo, ¿quién puede querer definirla, y además imponer su definición en el terreno político, esencialmente objetivo, a pesar de los mismos políticos? Sólo un inquisidor, tipo que por algo floreció en España con exuberancia y resistencia desconocidas en otros países europeos.

⁂

A mí, como publicista, no me toca hablar de las «Mancomunidades»; pero sí de esa fantástica «unidad de la patria»; porque ese «concepto sin cosa» influye extraordinariamente, y ha influído desastrosamente, en el crecimiento y mantenimiento de las infinitas tonterías que se dicen, y después se hacen, en materia militar, en la que (con o sin derecho) he entrado hace muchos años como Pedro por su casa.

GENARO ALAS

20 de junio 1912

En la república portuguesa

Las enseñanzas que se desprenden de la conducta observada por aquellos que para encaramarse en el poder, no dudan en hacer grandes ofrecimientos a los trabajadores quedan demostradas en el artículo que a continuación publicamos, de *O Sindicalista*, de Lisboa.

En él se ve que en el deseo de aparecer gratos a la burguesía los partidos republicanos no han vacilado en atropellar a sus mismos correligionarios, si éstos pertenecían a la clase obrera.

Dice así:

¡BRAVO, SEÑORES MINISTROS!

«¡Albricias!

Alguna vez habíamos de tener motivo para estar de acuerdo, para apoyar a los gobernantes.

¡Bravo! ¡Muy bien!

El gobierno ha procedido como debía. El gobierno no podía proceder en otra forma.

¡Abajo las caretas! ¡Fuera hipocresías! ¡Bravo, señores ministros!

⁂

No sabemos como agradecerles; no sabemos como manifestarles nuestra inmensa gratitud por la tan espontánea, tan decisiva colaboración a nuestra obra, a nuestra propaganda.

Es verdad que hemos desarrollado en poco tiempo una suma enorme de esfuerzo, de entusiasmo, de pasión para enterar a las masas de todas la torpezas de la política y de todas las maquinaciones de los politicastros; en todas partes y a todas horas les hemos gritado: ¡Cuidado con las intrusiones! ¡Cautela con los vendedores de pastillas! ¡Organicémonos, eduquémonos, estudiemos, esforcémonos por ser conscientes, por ser hombres; dejemos de ser borregos, de ser degradados; hagamos el vacío en derredor de *todo eso que forma el Estado!*

Nosotros somos de otra casta; nosotros somos de otra clase.

Nuestra vida, nuestros sentimientos, nuestra mentalidad, nuestros intereses, todo nos separa de ellos.

Nosotros somos para ellos *la canalla* que es necesario dominar por *la sangría.*

Para nosotros no hay derechos; para nosotros no hay libertades. Todo eso es una ñoñada; todo eso son fruslerías.

Hace mucho tiempo que así nos dirigíamos a la multitud, con fuego, con convicción apasionada, con un entusiasmo siempre vivo.

Hace mucho que lo decíamos a esa pobre multitud de parias, de hambrientos, de ciegos. Lo decíamos en todas formas; hablando, escribiendo, extendiendo la hoja suelta, el manifiesto, el folleto, el libro; mas por persistente e intensa que fuera esa propaganda, a nosotros nos hubiera costado mucho penetrar en ese mar profundo que se llama pueblo.

Nosotros hubiéramos conquistado de esta manera una pequeña minoría, porque las grandes masas no aprenden sólo en nuestros libros, en nuestras conferencias; aprenden, sobre todo en la vida. No es con demostraciones filosóficas, no es con raciocinios; es a su costa y por las lecciones palpables de los actos, por las lecciones tangibles, por las lecciones brutables de la vida.

Y lo que nosotros no podíamos hacer, viene a hacerlo el gobierno, de una manera brutal, aterradora. ¿Y a quién? A una de las corporaciones obreras más intransigentemente, más forzosamente republicanas, aquella que nos combatía, no sólo con su desconfianza, sino hasta con su odio; fué a la corporación que mayor número de medios, de combatientes ofreció a la república; fué a aquellos que con heroísmo, con abnegación, sólo por el ideal se batieron, sin pensar en empleos ni recompensas; fué a esos que expusieron *su corazón*, en tanto que los jefes *huían* de caza, empujados por sus familias que no podían soportar el aliento pestilente que penetraba por las narices, transformadas por las diarreas del miedo, en inmundas cloacas.

Los republicanos, que tanto habían prometido trabajar por los humildes, en contra de los monopolizadores y acaparadores, contra los que han conducido a este pobre pueblo a una vida de hambrientos y desgraciados, sin pan ni educación: los republicanos se han puesto ostensivamente al lado de una Compañía monopolizadora, orgullosa, que nos mira con altivez y nos reta con orgullo, arbolando como un desafío afrentoso, un pabellón extranjero que ellos, los *patriotas*, declaran ser un acto de poca importancia.

A los huelguistas los detienen para hacerles trabajar; rodean de tropas los comedores comunistas impidiendo la entrada a los hijos de los trabajadores, que tienen que sustentarse con las migajas de los pobres como ellos; y cierran los locales sociales, para que a los obreros les sea imposible concertar la lucha, preparar la defensa y mantener la resistencia.

Prenden y atacan a los que dan vivas a la huelga; proclaman un verdadero estado de sitio; suspenden de hecho la Constitución, realizan prisiones arbitrarias, y recurren a todas las formas de terror para obligar a una capitulación a media docena de desgraciados a quienes deben su encumbramiento.

Y a esto llaman ellos defender *la libertad de trabajo.*

⁂

¡Bravo, señores ministros!

¡Bravo, geniales estadistas!

¿Vencerán? ¿Qué beneficio obtendrán? ¿Se aproximarán más los trabajadores? No. Cavarán más profundo el abismo que cada vez nos separa más de ellos.

¿Y qué ganarán? ¿El aplauso de los cobardes? Éstos no se batirán nunca por la república si algún día peligrara.

¿La república no necesita del proletariado? Muy bien. Que la defiendan los republicanos. No seamos nosotros más papistas que el Papa.

De lo que podéis estar ciertos es de que si un día precisaráis del proletariado organizado, del proletariado consciente, del único que se bate, os responderá con un colosal, con un épico desprecio.

Y la culpa será vuestra; será vuestra obra».

CARTA ABIERTA

Para Federico Forcada

Es casi una ley natural que los que en sus primeros años de hombre se consagran a la propaganda de un ideal para el que haga falta ser, si no un héroe, cuando menos, bastante decidido, se vayan retirando poco a poco, conforme la edad se va echando encima, como vulgarmente se dice.

Podrías muy bien mandarme a cierto sitio no muy bien oliente por cierto, por lo que te voy a decir: pero creo que no lo harás, y si tal hicieras me sería completamente lo mismo.

¿Te acuerdas, Federico? ¿Te acuerdas de aquella época en la que un corto número de jóvenes que componíamos el grupo «Fructidor» te acogimos entre nosotros? ¡Con qué cariño y con qué buena fe lo hicimos! Seguro estoy que tus nuevos amigos no lo harán tan desinteresadamente como nosotros lo hicimos. Y no es que yo vaya a reprocharte el hecho de que hayas dejado de anarquizar, no. Para mí lo verdaderamente sensible es que pactes con los que sabes engañan al pueblo prometiéndole el oro y el moro para mejor explotar su candidez.

Si en lugar de hacer lo que has hecho te hubieses retirado por falta de energía, lo hubiese comprendido fácilmente; pero en la forma que lo has hecho, me revela que tu cambio de casaca había ya sido ideado allá en tus tiempos de bohemia parisina: porque allí surgen ideas; se aprende a vivir, como diría cualquier vivirdocillo.

De modo que nosotros fuímos, por decirlo así, el primer peldaño donde pusiste tus pies para ascender a donde tú no llegarás nunca, ¿entiendes? Nunca.

Discursea en pro de la niña prostituta como en otro tiempo lo hiciste por el ideal anarquista: nadie te creerá.

Habla aconsejando al pueblo la honradez y el respeto a la propiedad individual: nadie te hará caso.

Desgañítate hasta que te quedes ronco proclamando las bondades de la política, que no faltará quien te grite en pleno rostro: ¡embaucador!

Mientras tanto, aquellos que en otro tiempo partían contigo el pan y la sal, sin ser tan románticos como entonces, salen de todo lo que es signo de pobreza moral, elevándose a la categoría de hombres.—FLORENCIO RAMOS

La sociedad moribunda

I

El plañir de los tañidos
en la vieja catedral,
como un canto funeral,
retumban en mis oídos,
como si fuesen gemidos
de la vieja sociedad.
Es el reino de maldad
que ya, lento, se derrumba
y a sus pies se abre la tumba
en la inmensa eternidad.

II

¡Ah, gigante que agoniza!
De su viejo campanario
parte el toque funerario
que su muerte preconiza.
Entre llamas y ceniza,
¡vil prostituta indecente!,
arderá completamente
tu gran séquito asqueroso,
sifilítico y leproso,
que te sigue diligente.

III

¡Ah, gigante prehistórico!...
Cada fauna, a cada flora
le es llegada su última hora.
Un régimen más armónico,
practicable si teórico,
será tu sepulturero.
Las voces de mal agüero
que parten de la campana
me predicen un mañana
sin dios, amo, ni guerrero.

IV

¡Oh, séquito sanguinario!...
Grande como un hemisferio
será vuestro cementerio
y en vuestro terrible osario
cultivará el proletario
grandes plantas prodigiosas
que saldrán de vuestras fosas
con los floridos abriles,
brotando doquier, a miles,
morados lirios y rosas...

. . . .

V

. . . .

Viejo mundo que te mueres...,
yo le tiro a tu memoria
un puñado de tu escoria,
ya que escoria es lo que quieras.
Con *escoria* tú nos hieres,
tu *escoria* te matará
y en tu tumba brotará,
en vez de escoria podrida,
la Idea que me es querida:
¡La Idea que triunfará!

PEPE GARCIA

Mar del Plata.

Atropello consumado

A última hora, y después de escrito el artículo que con el título «Sobre la revolución mejicana» publicamos en otro lugar de este número, hemos recibido noticias por mediación de una de tantas compañeras como en Los Angeles (California) propagan el ideal anarquista, dándonos cuenta de que casi por sorpresa se celebró el juicio contra los compañeros que componen la junta revolucionaria de los mejicanos que en el antiguo feudo de Porfirio Díaz, luchan por el derrocamiento de los más fuertes pilares que sostienen la irritante injusticia social: el capital y la autoridad.

Después de varios señalamientos del proceso, que quedaron sin efecto por la actitud de los muchos revolucionarios que acudían a la llamada Corte de Justicia, el día 25 del mes pasado se consumó el atropello condenando a la pena de un año y once meses a los hermanos Flores Magón, en unión (aunque la carta no lo expresa, lo suponemos por estar incluídos en el mismo proceso) de Librado Rivera y Anselmo L. Figueroa.

Los procedimientos de que se valieron para celebrar el juicio, demuestran que la constitución del tribunal, del jurado y hasta los testigos era una comedia tan mal preparada, que para representarla, sin ser silbada, era preciso que no asistiera más público que el de la casa.

Así ocurrió que se anunció la vista para las diez de la mañana y a las siete fueron trasladados los presos, y los mercenarios innobles ocuparon en el local el puesto que sus amos les señalaron, cerrando para el público las puertas, que sólo se abrían cuando alguno de los vendidos necesitaba penetrar a cumplir su repugnante misión.

Apercibido el pueblo de la maniobra, y al verse chasqueado en su deseo de presenciar el juicio, comenzó a protestar y entonces permitieron la entrada de algunas mujeres, pero la sala estaba llena de policía secreta y en la calle estaba la policía uniformada.

LUCILA GINDERA

que en la Audiencia de Los Angeles (California) abofeteó al confidente de policía Peter Martin

Al enterarse de la condena, el numeroso gentío que esperaba alrededor del edificio arreció en la protesta, lanzándose sobre la puerta la joven Lucila en el momento que salían los presos, siendo brutalmente rechazada por la policía, que al ver que en derredor de la joven y su madre se agrupaba la gente, se lanzó sobre ellas, coronando en la calle el atropello que dentro se había cometido y del que resultaron heridos hombres, mujeres y niños.

A tal cobardía respondieron con vivas a la Anarquía y a la bandera roja y mueras al capital y a la policía.

La joven Lucila está detenida e incomunicada, en unión de la familia de Figueroa, entre la que hay una joven de 15 años y una niña de ocho meses.

La vista, en la prensa burguesa, de un grabado donde dos hombres, deshonra de la raza a que parecen pertenecer, llevan a cabo la detención de la joven Lucila, y del otro cliché que presenta a las cuatro mujeres presas, en unión de la niña de ocho meses, es la más enérgica condenación de los instintos feroces de las autoridades americanas.

La frase de Thiers, se va extendiendo y por todas partes pretenden acabar con los lobos, las lobas y los lobeznos.

⁂

Encarcelados los Flores Magón, Rivera y Figueroa, ¿habrán terminado su labor purificadora los abnegados mejicanos que al grito de Tierra y Libertad para todos, siembran el terror en la burguesía?

No lo creemos. Los dos años que llevan luchando les habrá curtido en la pelea y les habrá demostrado que una vacilación podría perderles. Al principio del proceso estuvieron presos los mismos compañeros y la revolución siguió avanzando. Que es sabido que las bajas que ocurren entre los que luchan por el ideal, se cubren estrechando las filas o con nuevos combatientes.

No olviden que el patriota venezolano Cortés Madariaga, cuando luchaba por la independencia de su patria, decía a los que le secundaban: «Revolución tímida es revolución perdida; revolución que se detiene en sus primeros pasos, es nube que descargará sus rayos contra los mismos que la produjeron».

Y así las autoridades americanas sufrirán un desengaño más, si han creído que con el arresto de la junta revolucionaria, matarán la rebeldía.

¿Por qué no proceden de la misma manera contra los que también, con las armas en la mano, luchan por derribar de la presidencia de la república a Madero?

Es porque ésta es una revolución política y con ella no peligra la propiedad privada. Es la otra, la revolución económica, la que les preocupa, pues con ella se ven desalojados de las tierras que robaron a los indios yaquis con la protección de las bayonetas del tirano Porfirio Díaz. Y no quieren reconocer a los indios, para recuperar las tierras, el mismo derecho que ellos ejercitaron para apropiársela: el de la violencia.

⁂

Y volviendo otra vez al tribunal y al Jurado que condenó a nuestros compañeros, hemos de pensar que ha ocurrido, siquiera en menos proporción de gravedad, lo mismo que ocurrió en Chicago con el Jurado que condenó a Spies y demás compañeros.

Es sabido que ante el interés que había de eliminar a los que por su convicción e inteligencia se habían distinguido en el movimiento obrero norteamericano, la burguesía de Chicago empleó la cantidad de un millón cuatrocientos mil francos en sobornar a los que habían de condenar a los sacrificados. Murieron aquellos compañeros, pero la semilla por ellos lanzada siguió fructificando hasta tal extremo, que hoy sólo algún necio piensa que el anhelo emancipador puede detenerse en su marcha ascendente.

Otro jurado, seguramente predispuesto a condenar, como el de Chicago, ha arrojado a la cárcel a los compañeros que constituían la Junta revolucionaria de los rebeldes mejicanos. Esperamos confiados en que nuevos actos de valor de los que llevan por divisa la roja bandera, emblema de todas las reivindicaciones, demostrará al gobierno americano, y a todos los gobiernos, que si les es fácil, validos de la fuerza, aprisionar a los hombres no conseguirán nada práctico, pues las ideas no pueden encerrarse en calabozos.

Y es la idea, precisamente la idea redentora, la que derrocará todo lo absurdo.

Nunca, pues, más justificada que ahora, la solidaridad hacia los compañeros mejicanos.

El Terror

La ley natural se cumple siempre: cuando todas las fuerzas perfectamente niveladas tienden al bien, el bien resulta hermoso y grande; cuando por el contrario las fuerzas se desnivelan y funcionan incoherentes y desiguales, sólo producen devastación en lo material y crímenes en lo moral.

El límpido arroyuelo, que con su plácida y bulliciosa corriente fertiliza y da vigor al valle, se convierte en elemento destructor cuando, saltando sobre el dique opuesto a su curso, sale fuera de su antiguo álveo y esparce desolación y ruinas por sus antes florecientes márgenes.

Si la sociedad humana hubiera correspondido siempre a los fines de su institución, combinando las energías productoras de todos los séres humanos con la recíproca satisfacción de todas sus necesidades, ni la tiranía se hubiera ensoberbecido hasta confundirse con la divinidad, ni la servidumbre se hubiera hundido hasta los abismos de la esclavitud. Pero lágrimas, sangre y quejas dolorosas amontonadas a través de los siglos, necesariamente habían de condensarse en una especie de remanso que pudiera llamarse del sufrimiento, salvar el dique del privilegio y desbordarse como torrente impetuoso produciendo el tremendo episodio histórico conocido con el nombre de *El Terror.*

Tal es la justificación de *El Terror* con respecto a lo pasado.

Considerándolo con relación al mismo período revolucionario, he aquí la opinión de Lamartine en la *Historia de los Girondinos:*

«La coalición de los reyes acechaba a Francia, sofocándola dentro del estrecho círculo que en su derredor formaban setecientos mil aliados, a cuyo frente venían emigrados franceses que simpatizaban en realismo en Valenciennes y Condé. La Vendée sublevaba el Oeste, y su insurrección religiosa daba la mano a la insurrección de la Normandía y del Mediodía. Recién abatido en París el pendón del federalismo, lo enarbolaba Marsella. Tolón y la escuadra preparaban su defección, y entregaron el arsenal a los ingleses. Lyon, erigiéndose en municipalidad soberana, encarcelaba a los representantes del pueblo y levantaba la guillotina contra los partidarios de la Convención... La única ley que debía imperar en tal situación era un *fuera de la ley*, universal, que intimidase todos los complots, que abatiese todas las resistencias y todas las facciones, y que, obrando con la celeridad del rayo, se apoderase de un poder de que carecían todos y sin el cual todo hubiera perecido.»

Tuvo *El Terror* diversas formas, según las fases del drama revolucionario y la influencia y carácter de sus personajes: popular cuando las turbas hambrientas sacrificaban a los acaparadores de las subsistencias; gubernamental, cuando, dirigido por Danton, ejecuta la inmensa hecatombe del 2 de septiembre; legal cuando la Convención decreta la ley de sospechosos propuesta por Merlin de Douai. En el primer caso, las venganzas personales y la furia de las muchedumbres aterrorizan a los nobles, a los agiotistas y conspiradores. En el segundo, Danton pudo exclamar en la Asamblea: «¡La patria se ha salvado: el rebato que va a sonar no es una señal de alarma, es la carga sobre los enemigos de la patria! ¿Qué necesitamos para vencerlos? ¡Audacia, audacia y siempre audacia!» En el tercero, la Convención se hacía respetar; se dominaba el terror popular que tan frecuentemente había hecho temblar a la misma representación del pueblo; se impelía a las masas contra las fronteras, contra Lyon, contra Marsella, contra Tolón, contra la Vendée; se imponía la disciplina de los ejércitos, la victoria a los generales, el estupor a la Europa, y, finalmente, se arrancaba a la nación los sobrenaturales esfuerzos de impuestos, de armamentos y de levantamientos en masa que el patriotismo decadente no ofrecía ya.

La dictadura de la Convención fué una necesidad revolucionaria, del mismo modo que la Revolución fué una necesidad progresiva.

«Esta Asamblea, dice Víctor Hugo, al mismo tiempo que desprendía revolución, producía civilización. Era horno, pero también fragua, si en aquella caldera bullía el terror, también fermentaba el progreso. De aquel caos de sombra y de aquella tumultuosa exhalación de nubes salían inmensos rayos de luz, paralelos a las leyes eternas; rayos que se han incrustado en el horizonte para siempre visibles en el cielo de los pueblos, y que son uno, la justicia; otro, la tolerancia; otro, la bondad; otro, la razón; otro, la verdad; otro, el amor. La Convención promulgaba este gran axioma: *La libertad de un ciudadano termina donde comienza la libertad de otro ciudadano;* axioma que resume en dos líneas toda la sociabilidad humana. La Convención declaraba sagrada la indigencia; declaraba sagrada la enfermedad en el ciego y en el sordo-mudo, convertidos en pupilos del Estado; sagrada la maternidad en la soltera y madre, a quien levantaba y consolaba después de su caída; sagrada la infancia en el huérfano, adoptado por la patria; sagrada la inocencia en el acusado absuelto, a quien indemnizaba. La Convención anatematizaba el tráfico del negro; abolía la esclavitud; proclamaba la mancomunidad cívica; decretaba la instrucción gratuita; organizaba la educación nacional con la Escuela Normal en París, la Escuela Central en la capital de cada distrito y la Escuela primaria en cada pueblo; decretaba la unidad de Códigos, de pesas y medidas, y de cálculos por el sistema decimal; fundaba la Hacienda de Francia, haciendo suceder el crédito público a la larga bancarrota monárquica; daba a la circulación el telégrafo, a la vejez hospicios dotados, a la enfermedad hospitales sanos, a la enseñanza la Escuela Politécnica, a la ciencia la Sección de longitudes; al espíritu humano el Instituto. Al mismo tiempo que nacional era cosmopolita. De los 11.210 decretos que expidió, la tercera parte tenían un objeto político; las dos terceras partes un objeto humano. Declaró la moral universal, base de la sociedad, y la conciencia universal, base de la ley. Y todo esto... la Convención lo hacía teniendo en sus entrañas la hidra que se llama la Vendée y en sus hombros la manada de tigres llamados reyes».

Esa es la gran justificación de *El Terror*.

Por sus frutos se conoce el árbol, dice el Evangelio: sagrada la indigencia, sagrada la enfermedad, sagrada la maternidad en la soltera y madre, sagrada la infancia en el huérfano, sagrada la inocencia en el acusado absuelto, mancomunidad cívica, instrucción gratuita, educación nacional; bendito el árbol que produjo tan hermosos frutos, aunque la aridez del terreno esterilizado por el privilegio exigiese el riego de sangre. Bastante habría con ellos para fundar la sociedad de la justicia, si no hubiera sobrevenido después la mixtificación burguesa y con ella el capitalismo dominante, tal vez a causa de no haber aterrorizado lo suficiente a los futuros tiranos.

No puede decirse otro tanto del *Terror blanco*, practicado después en tiempo de la restauración, que, mucho más sanguinario que su predecesor, tenía por objeto satisfacer los odios de los aristócratas y sumir a la Francia en los horrores de la *Reacción.*

El decálogo de los derechos del hombre y de la sociedad fué escrito con sangre: tan preciada conquista de la civilización y del progreso no pudo conseguirse de otro modo; luego todos los que disfrutamos de sus beneficios participamos también de la responsabilidad del hecho. Hipócritas son, pues, las protestas dirigidas contra los terroristas. Marat, Danton, Robespierre y hasta el mismo Fouquier-Tinville son instrumentos de la justicia social. Doblemente hipócritas los que sólo tienen sensibilidad para lamentar los furores de la reivindicación del pueblo y ven con la mayor indiferencia los incesantes sufrimientos de los oprimidos.

Tranquila y pacíficamente seguiría su curso la humanidad si un hombre no se erigiese en amo de sus hermanos, si un adulador y cornudo aristócrata no tuviese la necedad de creer que circula por sus venas sangre azul por diferenciarse de los villanos que la tienen roja, si un potentado no se creyese dueño de un pedazo de tierra en virtud de la posesión de un título de propiedad, si los detentadores del patrimonio universal no se creyeran con perpetuo derecho a semejante detentación; pero como la injusticia no puede prevalecer y los monopolizadores no se deciden a despojarse de sus monopolios, bueno es que el hierro y el fuego revolucionario contribuyan a la obra de la nivelación social.

Bien hecho está lo hecho.

Poco importa que atribuyan al *Terror* la Reacción que después sobrevino. En esto también se equivocan los hipócritas que condenan los llamados excesos revolucionarios. Si la Revolución hubiera tenido el campo libre para que germinaran las nuevas ideas, todo sería a estas horas paz y justicia; pero los antiguos privilegiados concitaron contra Francia todas las fuerzas creadas por la iniquidad, las nuevas instituciones no pudieron dar sus frutos, quedó el germen de las preocupaciones y sobre éstas fundó la burguesía su dominación. Por esto y no por otra causa triunfó la Reacción. Pero su triunfo es efímero; la Revolución prepara nuevas y poderosas manifestaciones para dar a todos los desheredados la plenitud de la vida.

¡Guárdense los privilegiados del *Terror* futuro!

L.

(De *La Tramontana*, número extraordinario en celebración del centenario de la Revolución.)

Paso a la Verdad

Invitado por los compañeros de Reus, fuí a dicha localidad para afirmar y demostrar que la *acción directa* es la más eficaz para la emancipación del hombre.

Como la cuestión, o el asunto de que se trata me pareció demostrado, creí, de momento que no debía molestar la atención de nadie para exponer una verdad tan evidente como es la que envuelve dicho pensamiento, pero hubo alguien que me hizo comprender que siendo los socialistas quienes dudaban, o mejor dicho, negaban tal aserto, era conveniente poner los puntos sobre las *íes* para que una vez más se pusiera de manifiesto lo que tantas veces se ha hecho. Acepté por ser un entusiasta de la verdad y además porque éste era el deseo de mis compañeros.

Esto, que puede parecer jactancia, es lo cierto, y lo evidencia lo expuesto por el presidente, con estas palabras dirigidas a Bueso:

«Hay que confesar que en ellos se ve más nobleza, van más directamente al asunto».

Pues bien; afirmé poniendo como testigo a la *ciencia*, con cuya compañía me honro, que no hay más que un medio para llegar a esa finalidad propuesta y apetecida por todo hombre filántropo; por más que haya seres que, habiendo formado un asqueroso *contubernio* con los partidarios de la propiedad privada, de la patria con fronteras, de las religiones dogmáticas y de los sistemas políticos, sean cuales fueren, tienen la poca delicadeza de mentir a sabiendas para hacer ver a los lectores de la equivocadamente llamada *Justicia Social*, que en el acto de referencia la verdad estaba de parte de ellos.

Puede el sofista, siendo hábil, aparentar, o mejor dicho, presentar con visos de verdad lo que es completamente falso, pero si el absurdo que pretende desvanecer es tan grande como lo es el de la base múltiple comparado con la acción directa, ni el mismo Cambó, que según Unamuno es *maestro*, tiene condiciones para hacer tragar semejante farsa; pues si en lugar de un listo presentáis a Bueso que, si en otras ocasiones háme hecho creer que era un hombre, aunque como pensador ha mariposeado mucho, esta vez resultará un cómplice de la mentira que han vertido sus compañeros si no protesta de la serie de embustes que suponen vertí en el acto de referencia.

Estoy dispuesto a repetir lo mismo, con la condición que se tome taquigráficamente lo que digamos ambos, y tengo la seguridad que la opinión imparcial aceptará por humano, lógico y razonable lo que yo vierta y rechazará lo inserto en la *Justicia Social*, al paso que despreciará o compadecerá a los entes que hacen labor semejante.

Como no tengo la costumbre de hacer de basurero, no quiero descender al nivel de mis enemigos sistemáticos para hacer acopio de substancias fecales y devolverlas a los que injustamente las han tirado donde no debían, siendo así que como hombre y como pensador no estoy prostituído, hállome inmaculado, no soy industrial de las ideas, soy por el contrario, un propagador de la verdad.

Conste a los tales socialistas que si como recurso de partido se puede tolerar que se disfrace la verdad y hasta que se calle ésta para dejar en buenas condiciones a los del bando afecto, no es de hombres y sí de canallas miserables atribuir al que «lleva el corazón en la mano y no se esconde ni la una ni el otro en el bolsillo», porque tiene el convencimiento de lo que afirma, lo que no ha dicho, fijáos bien, lo que no he dicho ni pudo decir por la sencilla y potente razón que no tengo la desgracia de ser un *tonto* ni el mal gusto de ser un pillo. De modo que jamás heme sentido con *ánimo* para hablar de lo que no entiendo y mucho menos decir lo que le plazca a otro, puesto que tengo un concepto bien formado de lo que caracteriza al hombre consciente y con criterio propio e independiente.

Soy *anarquista* por haber encontrado en dicho ideal todo lo que pueda apetecer el sér más exigente, la justificación del derecho a la vida de todos los seres que poblamos la Tierra mediante la aplicación científica en la preparación de la mujer y el hombre y por dicho procedimiento lleguemos a persuadirnos que no existe más que un valor, el hombre; que tenemos un denominador común, el hambre; que para hacerla desaparecer hay un sólo medio, ponernos en condiciones de producir.

Cuando esto sea un hecho, que lo sería si hubiera suficiente número de hombres conscientes, cuando la sinceridad sea la nota característica del sér racional, entonces si se reunen varios hombres con objeto de aclarar algún concepto en cuya apreciación haya discrepancia, los controvertores poseídos del mutuo respeto, opondrán ideas a ideas, juicios a juicios; afirmará cada cual su criterio y, dado caso que no lleguen a un acuerdo, se quedarán uno y otro con la verdad tal como se la presente el intelecto respectivo; pero el hombre guardará al hombre las consideraciones que aconseja la prudencia y nunca procederán al estilo de las mujerzuelas desgraciadas e irresponsables por ineducadas, que como aquellos animales que más se parecen a las llamadas artistas de charca, ranas, que teniendo como elemento el lodo, ya se sabe lo que pueden dar de sí, ni como las fieras que se ensañan con sus víctimas cuando las ven indefensas.

Conste a los socialistas de Reus y a los que como ellos discurren, que la verdad es una; que la farsa es patrimonio de los tontos o de los industriales de las ideas, y que los anarquistas convencidos y los sindicalistas, admiradores y propagadores de la acción directa, no queremos nada con los explotadores con supuesto o convenido derecho, ni con los ponteros sin base sólida, esto es, con los anfibios.

¡Paso a la verdad; *va de retro*, farsantes!

MANUEL BAD'

Gran mitin pro-presos en Alcoy

Organizado por la Comisión pro-presos de esta localidad, se celebró el domingo, 7 del corriente, un mitin en favor de los presos por cuestiones sociales y de imprenta en el local de la Escuela de párvulos de esta ciudad.

El acto dió principio a las cuatro y media de la tarde bajo la presidencia del compañero Ricardo Carbonel, quien después explicó la gran importancia de estos actos que tanto dignifican a los que cooperan a realzar y ayudar materialmente a los que cayeron, tanto en la lucha, como a los que por falsas delaciones yacen en los antros inquisitoriales.

A continuación hace uso de la palabra el joven compañero José Peidró, quien con palabras sencillas, pero con sobra de voluntad, protesta de la injusta prisión de los obreros que por laborar constantemente por la ilustración y emancipación obrera, son víctimas de las iras burguesas y gubernamentales. José Corbí expone lo falso que resulta la orden que el juez especial de Barcelona y Canalejas han dado para la reapertura de los sindicatos, puesto que no los dejan funcionar por ningún concepto y esto es debido al poco interés que demuestran la mayoría de los trabajadores. Miguel Blanes dice lo de los tormentos del penal de Figueras firmado por los mismos reclusos. Antonio Gisbert habla en nombre del partido radical y expone las contradicciones de Canalejas desde la oposición al poder que tan tiranamente nos gobierna, y termina diciendo que desde esta Comisión o donde las circunstancias lo requieran defenderá la justicia. Enrique Catalá principia diciendo: Doy un millón de gracias a todos los elementos progresivos que contribuyen a este acto tan humanitario y protesto con la misma energía de los que llamándose defensores del obrero, para el logro de sus ambiciones personales, son los primeros en combatir de una manera cobarde a las comisiones pro-presos.

No, amigo Catalá. Has hecho muy mal en hacer punto final en esta cuestión, pues precisamente has terminado cuando ibas empezando por lo bueno.

¿Por qué no decir a la faz del pueblo, pero bien *clariturís*, que los elementos que tú has nombrado son los socialistas? ¿Qué, no tienes bastantes pruebas con el boicot que nos declaran tanto en los mitins como en los gastos que éstos reportan? ¡Hay que hablar claro! ¡Esa gentuza, en vez de organizar sociedades obreras conscientes, hace cofradías! Pero por fortuna, ya les conocen los trabajadores que se agrupan para la lucha directa y les dan la espalda.

Lo único que sentimos los que componemos esta Comisión y con ella los que desinteresadamente la ayudan, es por los indefensos presos; que si éstos pudieran presenciar las reuniones que cuando esta Comisión se componía de delegados de todas las sociedades tanto obreras como políticas, y hubiesen visto la hipocresía y mala intención que esos canallas llevan con el fin cobarde de expulsar a los anarquistas de dicha Comisión, los mismos presos les hubieran escupido al rostro.

Bástaos saber, compañeros, que en una de las sesiones faltó bien poco para rompernos las sillas en la cabeza, y hasta un compañero abrió la puerta del local y con el rostro desencajado por la rabia que sentía al ver tanta ruindad en estos fariseos, les dijo: el que tenga corazón, que salga. Y el que esto escribe antes de tener lugar la escena antes dicha, por no poder ya resistir tanta atmósfera nauseabunda se marchó.

Luego, dos reuniones más, por cierto algo picantes y sin acordar nada para los presos y a propuesta del delegado de la Casa del Pueblo y el de «La Única», de tejedores, se acordó por mayoría que, en vista de que la Comisión pro-presos primitiva (compuesta toda de anarquistas) había dado tantas pruebas de abnegación en los momentos más peligrosos hasta el punto de estar todavía procesado militarmente el que esto escribe, la Casa del Pueblo y La Única» daban además un voto de confianza a esta Comisión, entregándole y confiándole todos los trabajos; dando cuenta antes y después de todos los actos que ésta realice. Y basta por hoy con lo dicho.

Para terminar, diré de mi parte a esos canallas que, respecto a lo que algunos socialistas han dicho a escondites que los anarquistas no tenemos *coraje* porque no hemos firmado con nuestros nombres el artículo titulado «Aclarando» «para los socialistas de Alcoy», he de contestarles que, a petición de varios compañeros, lo escribí yo; y que todavía espero que contesten en algo desde su prensa o donde les plazca; pues estoy dispuesto a sostener con pruebas irrebatibles lo que les he dicho y algo más. Pero cara a cara y cuanto más público, mejor. ¿A que no aceptáis? Anda... ya me había *olvidado* que estaba escribiendo la reseña del mitin.

Perdonad, compañeros de TIERRA Y LIBERTAD, ahora concluiré. Se terminó el mitin siendo interrumpido el compañero Catalá por el inspector señor Aguirre, porque dicho compañero refería los sucesos de Cullera. A la salida del mitin se recaudaron 13 pesetas y 25 céntimos.

RAFAEL SOLER

Alcoy y julio de 1912.

El Estado, viola la libertad individual, no social, ya que favorece a unos en detrimento de los otros.

MAKAY

A un cándido

Para el tipógrafo A. Alvarez.

Ha de permitirme, amigo Alvarez, que le califique de cándido, por intentar defenderse de las acusaciones de Enrique Pujol en un artículo digno de él.

Le califico de cándido porque los escritos del antiguo usurero de los presos de la cárcel vieja no deben contestarse. Son productos de la impotencia y el cumplimiento de un mandato.

El Progreso llama a Pujol viejo luchador. Veamos en qué consiste su lucha.

Se hallaba en la cárcel cumpliendo condena por un delito de esos llamados comunes, y siendo aquella una época de represión de las ideas anarquistas ingresaron bastantes compañeros en la prisión. Pujol simpatizó, no sabemos si con las ideas o con la solidaridad metálica, que entonces abundaba más que ahora, y apareció anarquista. Hemos de manifestar, a fuer de imparciales, que entonces realizó buena labor; pero... recobró la libertad y como nunca había trabajado tuvo que vivir de la solidaridad.

Aquí, después de visitar a un político barcelonés, sin resultado pecuniario, comenzó a trabajar de aprendiz de zapatero, comunalmente, pero no estaba acostumbrado a trabajar y marchó a Barcelona, donde por mediación de una mujer sableó al indicado político.

Más tarde supimos que estaba preso acusado de expropiación *en beneficio propio* y que por un exceso de sentimentalismo de la Federación *Solidaridad Obrera* fué incluído en los repartos que se hacían a los presos por cuestiones sociales, por donde resultaba que recibía socorros de la Federación, que no era anarquista, y del periódico *Tierra Libre*.

Al recobrar la libertad se presentó en *Solidaridad Obrera* en demanda de socorro, pero como no era ni había sido nunca trabajador, no hubo manera hábil de socorrerle.

Acudió a Clariá, entonces regente de *El Progreso* y copropietario de la imprenta «La Neotipia»; vino la huelga del Arte de Imprimir y la imprenta de *El Progreso* y sus incidencias con «La Neotipia», y todos los obreros catalanes saben la intervención de Pujol en pro de Clariá, de *El Progreso* y de «La Neotipia».

¿Verdad, amigo Alvarez, que esto parece una charada? Pues ahí va la solución.

Pujol que ya va siendo viejo *para buscarse la vida*, ha conseguido un empleo en «La Neotipia», donde creemos que *gana* 15 pesetas semanales, y continúa su misión de *desenmascarar* a los anarquistas y a los sindicalistas, con gran regocijo del partido radical que ha logrado la adquisición de ese ex anarquista.

Prescindimos de presentarle otros aspectos del «honrado y viejo luchador».

Ya ve, amigo Alvarez, si tengo razón al calificarle de cándido por haber intentado defenderse de acusaciones que carecen de fuerza moral.

UNO QUE LO CONOCE

Madrid, julio.

DESDE BORNOS

Sigue la "razzia,,

Por medio de la prensa obrera denunciamos este hecho para que se vea una vez más la injusticia y arbitrariedad de que es objeto la clase trabajadora.

Los obreros agricultores de Bornos estamos sosteniendo una huelga en defensa de un salario que repugna el mencionarlo, y de algunas mejoras en el trabajo, pues éste se ejecuta en tal forma que ni las bestias se atreverían a ejecutarlo.

Más de veinte días llevamos de huelga pacífica—¡y tan pacífica!—y a pesar de ello no sólo se pretende hundirnos en la miseria sino que se nos hace objeto de todo género de atropellos.

El día 23 del pasado fué llamado un obrero al cuartel de la guardia civil, a presencia del cabo, quien al interrogarle le dijo que él era el cabecilla del pueblo; que tenía apuntados a unos cuantos más que llamaría al cuartel y se las arreglaría con la palma de la mano.

Parece que sus propósitos son arredrar a los trabajadores y arrastrarlos al campo, como si él tuviera cereales que recoger, ya que la burguesía dispone a su antojo del jefe del puesto para molestar a los trabajadores presentándonos como perturbadores del orden. ¿Por qué no se vigila y observa a tanto miserable como en este pueblo pulula?

Los que perturban el orden son los que proceden como el alcalde, negándose a recibir el oficio de la Sociedad de Agricultores «La Constancia», para celebrar una reunión, contestando con la grosería de que él «no se enteraba de ningún papelucho», y que al ser requerido ante testigos replicó que «a él le importaban tres p..... del oficio y de los testigos». ¿A esto llamáis conservar el orden, señores legisladores? ¿A poneros la ley por montera?

De esto se deduce que los únicos que aspiran a conservar el orden son los trabajadores.

No es este el mejor camino para que reine la paz y armonía, de cuyos deseos tanto blasonan, pues los burgueses y autoridades bastante alborotan sin razón alguna que lo justifique.

De la parcial conducta que en contra nuestra observa la primera autoridad, protestamos firmando este escrito.—*Antonio Sánchez; Antonio Galván; José Francisco Díaz; José Hidalgo, Francisco López, Francisco Romero,*

Vista de un ruidoso proceso

La causa de Lantero ante el Jurado

III

Terminó la primera sesión con el dictamen de cinco peritos médicos que presenciaron y practicaron la autopsia en el que se afirma que no hubo abandono en la cura y que la herida era mortal de necesidad por haber perforado los intestinos. Pero uno de ellos, el señor Pico, interrumpe y dice:

—Téngase en cuenta que si yo firmé el dictamen que ahora aparece, lo hice en un momento de nerviosismo, por encontrarme bajo la impresión de una acusación de complicidad con el inductor; por tanto, creo un deber de conciencia manifestar hoy aquí, que la lesión no hubiera sido mortal de haber suturado el intestino ciego.

Fiscal.—¿Tiene usted la absoluta seguridad de ello?

Perito.—Absoluta, no.

Los demás peritos disienten de la opinión del señor Pico.

SEGUNDA SESIÓN

Comparece el testigo don Manuel Nájera Alesón, que acompañaba a Lantero cuando fué agredido.

Este testigo dice que las señas de Vega coinciden con las del agresor, pero que él no puede asegurar que lo sea, porque no tiene de ello plena convicción.

Bienvenido Magadán (inspector de policía).

La defensa llama la atención de la Sala, diciendo que este testigo estuvo en la Sala presenciando el juicio.

Fiscal.—¿Dijo usted en el sumario que tenía la convicción de que Antonio Vega era el autor del asesinato, y el Rendueles inductor del mismo?

Testigo.—Tres días antes de terminar la huelga, los patronos mecánicos acordaron abrir las fábricas.

En vista de esto los obreros celebraron una reunión secreta en el Centro Obrero y acordaron que, como quiera que no podían consentir que los obreros reanudaran el trabajo en las mismas condiciones que estaban, que era necesario apelar a toda clase de coacciones. Tuve luego la confidencia de que habían acordado herir a un patrono, por lo cual yo establecí un servicio especial. Vigilaban desde cerca agentes a mis órdenes y, yo mismo, a los huelguistas más peligrosos y entre éstos estaban los procesados.

A los dos días después agredieron al señor Lantero y por sospechas se detuvo a Antonio Vega, enterándome luego de que Rendueles se había marchado a Villamayor.

Defensor.—Usted, ¿qué cargo ejercía en Gijón?

T.—Agente jefe de vigilancia.

D.—Usted, entonces, como jefe de vigilancia, habrá tenido intervención en las palizas que la policía dió a Quintanilla, Sierra y otros, ¿verdad?

T.—No, señor.

D.—¿Quién es el confidente que le dió la noticia de que Vega era el autor del asesinato del señor Lantero y Rendueles el inductor de aquél?

T.—Es un confidente que recibió la noticia de un segundo confidente y éste de un tercero, cuyos nombres no puedo decir.

D.—¿Por qué no puede decir los nombres de esos confidentes?

T.—Porque si dijéramos los nombres de los confidentes, no contaríamos con las facilidades que éstos nos proporcionan para descubrir a los verdaderos delincuentes.

D.—¿No sabe usted que ese privilegio de no decir el nombre del confidente no lo tiene más que la guardia civil?

T.—¿Pero es que me va a hacer un exámen?

D.—Yo aquí soy autoridad y usted no es nadie; por lo tanto, está obligado a contestar a mis preguntas.

(El presidente corta el incidente, pero sin obligar al testigo a dar el nombre de los tres confidentes).

D.—¿Usted insiste en creer que Vega es el autor del asesinato?

T.—Moralmente, sí, señor.

TERCERA SESIÓN

Comparece el testigo Jesús Prieto, antiguo inspector de policía y desde hace años capataz de los esquirols a las órdenes de la Patronal.

Este testigo, que es el que en la inspección preparó la emboscada a Vega, sostiene lo que éste negó rotundamente, y dice que tiene la convicción moral de que Vega es el agresor, pero no prueba nada.

Comparece Manuel Carros, policía a las órdenes de Bienvenido Magadán.

Niega lo dicho por éste, afirmando que no se perseguía a los procesados, por ser buenos muchachos y que Magadán no había dado las órdenes que dice para vigilarles de cerca.

Sigue el guardia civil José Caso que es uno de los que dijo que en casa de Lantero daban dos pesetas por cada huelguista que llevaran a la cárcel.

Ante la Sala niega cuanto en el terreno particular ha dicho a los demás testigos y a los procesados.

Pedro Sierra Alvarez.

Estuvo 32 o 33 días en la cárcel, y procesado por este delito.

Durante mi estancia en la cárcel—dice—me han hecho excitaciones, iniciadas por el mismo juez señor Murias, a quien teníamos todos los obreros en muy buen concepto, porque había activado la tramitación de varias causas que nos afectaban.

Un día—añade—nos llamó Murias a mí y a Pico, a pretexto de preguntas particulares y nos dijo: «Yo quisiera que ustedes, que son buenos amigos míos y personas serias, me dijesen lo que sepan de este asunto. Estamos a oscuras y no sabemos si vamos por buen camino. Creo que todos son inocentes y únicamente tengo duda de Vega, aun cuando no son grandes las pruebas en contra suya. Si ustedes me dijesen lo que sepan, no habría necesidad de que constasen sus nombres en el proceso y se pondría en libertad definitiva a todos...»

También me consta que el señor Merediz visitaba las casas de Eufrasio González y Celestino Acebal, dando a la mujer de éste cinco pesetas y le ofreció más para que instigara a su marido a declarar lo que rechazaba su conciencia.

Declaró que le ha maltratado la policía de Gijón, relacionándose tales atropellos con el proceso actual y hace historia detallada de la huelga.

En el tiempo del conflicto obrero, la burguesía se envalentonó en tal grado, que hasta quiso echar fuera del ayuntamiento a la mayoría republicana y ella fué la que contrató con Magadán los malos tratos de que muchos obreros fuímos objeto. A mí y a otro nos apaleó la policía el día primero de septiembre. *(Continuará.)*

Tenemos para la venta los siguientes libros y folletos:

ASPECTO SOCIAL DE LA LUCHA CONTRA LA TUBERCULOSIS, *conferencia leída por el Dr. Queraltó, en el Congreso de Medicina contra la Tuberculosis.*

25 céntimos ejemplar.

LA ANARQUÍA TRIUNFANTE, *A. Lorenzo.*

10 céntimos ejemplar.

Pidiendo más de cinco ejemplares se hará el 30 por 100 de descuento, excepto el del Dr. Queraltó, que su descuento es el 50 p. 100

A los trabajadores de Palamós

Compañeros: Hora es ya de que nos demos cuenta de nuestro malestar social; ha llegado el momento de unirnos para acabar, de una vez para siempre, con la explotación y el desprecio de que nos hace víctimas la egoísta y malvada burguesía. Nuestra desorganización, nuestro mal proceder, nos esclaviza y debilita para el día de la lucha, que a pasos de gigante se acerca.

Sí, trabajadores; el gran día está próximo; no hay que dudarlo. Por eso hemos de prepararnos y fortalecernos ingresando dentro del sindicalismo moderno revolucionario, para estudiar la táctica que hemos de emplear el día de la lucha.

Si nuestra desunión subsiste no podremos, ni tendremos razón en quejarnos de nuestra miserable situación; no seremos dignos de la sociedad futura.

Compañeros: Sólo nosotros tenemos la culpa de nuestra miseria. Si en vez de concurrir a los antros de corrupción como la taberna, donde se bebe alcohol embrutecedor del cerebro humano y engendrador de la tuberculosis; el café, para jugarnos el poco dinero que recibimos de la burguesía, y que tenemos obligación de emplear para mal alimentar a nuestros hijos, concurriésemos a las bibliotecas y en ellas estudiásemos la sociología, nos daríamos cuenta exacta de que nuestra madre Natura abre las puertas del banquete de la vida a todos los seres humanos.

Hay que sentir, hay que rebelarnos; tene-

hacia Juan que continúa sentado en la misma silla.)

JUAN

Sí, ha sido ella quien lo ha traído. *(Con amargura.)* ¡Hay un vestido para usted... dulces para los niños... vino para la madre!... ¡Es una persona muy caritativa!

MAGDALENA

(Coge el cesto y lo lleva al bufete). Hace lo que puede. *(Silencio: Magdalena se sienta cerca de la mesa y vuelve hacia su trabajo.)*

JUAN

(Va hacia Magdalena y apoya sus brazos sobre el respaldo de la silla donde aquélla está sentada.) Magdalena.

MAGDALENA

Juan.

JUAN

La noche será muy larga para usted... yo creo que no podré volver a mi casa. ¿Me permitís que me quede para haceros compañía?

MAGDALENA

Sí, Juan; os lo permito. Hace usted muy bien en no dejarme sola... en no abandonar a mi padre... Si la desgracia viene esta noche, le consolará usted.

JUAN

Yo quisiera deciros algo que no os he dicho nunca...

MAGDALENA

Hable usted, Juan. Cuando os oigo, soy menos desgraciada.

JUAN

¿Es cierto?

MAGDALENA

Sí, cierto. Desde que usted es nuestro amigo y que viene por aquí todos los días, me creo menos desgraciada que antes.

JUAN

¡Oh Magdalena!

MAGDALENA

Al menos así me lo imagino... Se olvidan las desgracias durante un instante. Hasta los niños, cuando usted está entre nosotros, cesan de llorar, están alegres... Habla usted con tanto cariño a los niños, que gozan con vuestras caricias, se alegran con vuestros hermosos cuentos.

JUAN

(Emocionado.) Lo que voy a deciros, Magdalena, no son cuentos alegres, son palabras serias, hondas, graves; son palabras de amor. *(Movimiento en Magdalena.)* El momento de decíroslas es también grave. *(Señalando al cuarto de la enferma.)* Puesto que la muerte anda por aquí cerca. *(Magdalena se estremece.)* ¡Magdalena, yo quiero daros mi vida!... ¿Queréis darme la vuestra? *(Magdalena cesa en su trabajo. Mira a Juan con adoración y tristeza.)* Contésteme usted. Magdalena.

MAGDALENA

(Con emoción.) Yo no puedo abandonar a mi padre ni a mis hermanitos.

JUAN

No os pido que los abandonéis. Os ruego que admitáis mi ayuda.

¡Vuestra pobre cara ya marchita; vuestros hombros encorvados; las manos, las pequeñas manos pálidas, cuyos dedos están deformados por el trabajo, y los ojos, esos ojos enrojecidos a fuerza de tristezas y de lágrimas... No os podéis imaginar de qué amor más poderoso y sagrado han llenado mi corazón. ¡Y que odio ha resucitado en mi alma!... «¡Nada hermosa!...» ¡Porque no habéis sido joven todavía... porque habéis sufrido mucho desde que nacisteis! Sois como una pobre planta a la que jamás hubiese bañado el sol. ¡Pero yo os traigo la luz, la juventud os la daré; borraré la miseria de vuestro rostro con las ternuras de mi corazón!

MAGDALENA

No me diga usted eso; me hace usted llorar.

JUAN

También yo he adivinado vuestra alma; alma de pureza, de sacrificio, tranquila y dulce entre todas las demás. *(Se levanta.)* Es cierto, sí; tengo que realizar una gran obra de venganza y de justicia, pero para ello necesito de una compañera como usted, una mujer de alma valiente como la vuestra.

MAGDALENA

Juan, no diga usted esas cosas, os lo ruego. Yo no tengo ninguna valentía, bien lo véis; no hago más que llorar.

JUAN

Porque estáis sola, sola, frente a cosas verdaderamente terribles. Los dos unidos por el amor, no temeremos a nadie, ni a la muerte siquiera.

MAGDALENA

(Con exaltación.) No temo a la muerte, sólo temo no tener fuerza para hacer lo que debo en este momento.

empujáis hacia el odio feroz del pasado. ¿Qué os he de decir para que creáis en mi sinceridad?

JUAN

(Molestado por sus palabras.) Sea. ¡Me he engañado; tal vez sea usted un buen sujeto. No quiero dudarlo. Pero ¿por qué ha venido V. a encontrarme? Iba V. por un camino, yo por otro... No era probable el choque.

ROBERTO

¿Qué sabe usted, puesto que tan mal sabe lo que yo soy?

JUAN

Yo sé, que entre nosotros hay abismos que no pueden salvarse.

ROBERTO

Entre los que sufren, no puede haber abismos.

JUAN

Eso son palabras.

ROBERTO

Cuando he entrado me habéis llamado la atención. No sabía quien era usted; pero la actitud de desconfianza y la inmensa tristeza de sus miradas de usted me han inspirado simpatía. He querido hablaros; he querido explicarme el por qué de la fraternidad de mi corazón hacia usted... Nada más. Me rechazáis; no sé qué deciros.

JUAN

¡Pero usted debe saber!...

ROBERTO

Sí, en efecto; comprendo vuestra desconfianza, porque adivino en usted una alma llena